

El amor y la sexualidad

Por ENRIQUE GUARNER

En su *Diccionario Filosófico* Voltaire nos dice: «Se dan tantas clases de amor que no sabemos a cuál referirnos para definirlo. Falsamente se llama amor al capricho de algunos días, a una relación inconsistente, a un sentimiento al que acompaña la estima, a una costumbre fría, a una fantasía novelesca, a un gusto seguido de rápido disgusto... En suma, se otorga ese nombre a un sinfín de quimeras».

Podría afirmarse que existe cierta realidad en la disertación del filósofo francés, dado que los humanos conocemos como amor algo que no se da en la mayoría de las especies animales, donde una vez efectuado el coito el sentimiento afectivo termina. Solamente podemos percibir esta emoción en ciertas aves como las palomas y según algunos autores en la yegua cuando espera al caballo y al recibirlo se le ven relucir los ojos, menear la cola y relinchar. Asimismo, se ha observado el sacrificio de los bellénatos cuando la hembra ha sido arponeada.

Sin embargo, son exclusivos de la naturaleza humana casos como los de Romeo y Julieta, Tristán e Isolda o Werther y Martha, quienes llegan al suicidio antes que perder su amor.

En este breve artículo trataré de resumir algunos conceptos fundamentales que se han expresado acerca de amar. Los griegos establecieron una distinción entre lo que denominaban *philia* o *eros* y el *ágape* o el afecto desinteresado.

Para Heráclito, quien vivió en el siglo sexto antes de Cristo, el amor no es un sentimiento, sino el principio físico del universo y además el agente que unifica todo. Según el padre de la filosofía existen dos fuerzas en el cosmos: la atracción y la repulsión. De acuerdo a Heráclito, la armonía o el amor es el resultado de estas tensiones que se oponen entre sí.

Según Sócrates o Aristóteles la capacidad de amar no podía darse en el matrimonio, que tenía como único fin el producir hijos para la familia o el Estado.

El *eros* constituía el punto central de las ideas de Platón y en el *Simpósio* nos dice: «La unión de la mujer con el hombre es un arte creativo y divino que se continúa a través de la fertilidad. Aunque los conceptos platónicos implicaban el amor como algo edificante, también existía la parte oscura del mismo, que estaba delineada por la relación *eros-tánatos*, o sea el afecto de amar mezclado con la muerte.

Cinco siglos después de Platón, Plutarco elogiaba el matrimonio afirmando: «La unión física con la

esposa es la fuente de la amistad, puesto que constituye el compartir juntos el misterio de la vida». El surgimiento del cristianismo utilizó las ideas del escritor de Queronea, pero argumentó que por encima de cualquier amor se encuentra el que va dirigido a Dios. Para San Pablo el imperativo categórico era: «Esposo, ama a tu mujer como Cristo amó a la iglesia». Con el predominio religioso no había otro sistema ético que la beatitud, que bajo ninguna forma aceptaba el erotismo.

La aparición del romance sobre *Tristán e Isolda*, leyenda celta que fuera publicada alrededor de 1150, hizo que el historiador francés Charles Seignobes exclamara: «El amor es una invención del siglo XII». En realidad tenía razón, puesto que la idealización de una persona del género opuesto nacía con los trovadores, quienes propalaban por doquier los amores de Eloísa y Abelardo.

A partir de entonces surgió el amor como pasión, que se volvió en el tema que inspirara la poesía, la novela, el teatro y la música durante siglos, enfrentándose contra la moral social de las épocas que la precedieron. Fue así como surgieron autores líricos que van desde Dante hasta Baudelaire, escritores que parten de Shakespeare y culminan en Goethe o compositores que se inician con Beethoven y terminan en Puccini. Todos ellos implicaban que el amor constituía el elemento esencial para la desesperación terrenal. Un contacto físico con la persona amada los horrorizaba, porque lo único deseable era su contemplación y el amor ideal producía el acto creativo.

Freud y el amor

Dos personajes del siglo XIX conmocionaron a la sociedad burguesa de su tiempo produciendo un gran número de fanáticos entre sus discípulos. El primero fue Karl Marx, quien explicó las desigualdades económicas y la injusticia reinante por la acción de la plusvalía y el dinero. El segundo, Sigmund Freud, quien aclaró el origen de las neurosis y psicosis como resultado de la represión de la sexualidad.

Sin embargo, Freud, que escuchaba a sus pacientes referirse día tras día a sus problemas afectivos, solamente fue capaz de encontrar que el amor era el resultado de la combinación de dos elementos: la ternura y el sexo. Por lo tanto, el descubridor del psicoanálisis no agregó nada nuevo al amor, aunque extirpó su misterio reduciendo su motivación a la sexualidad.

Resulta curioso que en el estupefante *Vocabulaire de la Psychanalyse*, de Laplanche y Pontalis, no encontremos la palabra amor, pero sí lo que denominan amor genital. A éste lo definen como: «la forma de afecto que alcanzará una persona a través de su desarrollo psicosexual y que va

más allá del complejo de Edipo».

En el fondo, para Sigmund Freud, que era obsesivo y por lo tanto aislaba sus afectos, el amor surge como un estado patológico en el que se mezclan idealizaciones, exageraciones y sustituciones equivocadas. En otras palabras, es una forma de ilusión o una pasión disfrazada para encontrar la unión sexual.

Diferencias entre el amor y la sexualidad

A pesar de mi profunda admiración hacia Freud y su doctrina, tengo que hacer hincapié en que existen diferencias y contrastes entre el amor y el sexo. Este último es biológico en sus determinantes e indiscriminado en cuanto a su naturaleza. Pudiera decirse que es hormonal en cuanto a su origen y que el cuerpo intenta disminuir una tensión alcanzando el placer del coito. Una vez logrado el espasmo, los músculos se relajan. Es por ello que la sexualidad parte de la naturaleza y se da en las especies superiores.

Por el contrario, el amor es un fenómeno emocional que parte de la imaginación. Su objeto por lo tanto es discriminado porque surge de algo personal, familiar o edípico. Por ello cada palabra del ser amado es recordada y sus gestos condicionan ternura. Podría afirmarse que lo único que se desea es su permanencia eterna en nuestra mente.

Cuando la sexualidad y el amor se unen torneándose hacia el mismo objeto es cuando el ser humano alcanza su plenitud y posiblemente logra esa entidad imposible de definir como es la felicidad.



Puede decirse que cuando la sexualidad y el amor se compaginan hacia el mismo objeto, el ser humano alcanza la plenitud y logra esa entidad imposible de definir como es la felicidad.